

José Luis VILLACAÑAS BERLANGA, *Populismo*, Madrid, La Huerta Grande, 2015, 131 pp.

¿Qué es el populismo? ¿Cuáles son sus rasgos y de dónde viene su fuerza irresistible y desconcertante? Lo que el último libro de José Luis Villacañas, *Populismo*, pone al desnudo no es una forma política que estalle aquí y allá, de un lado y otro del océano, azarosamente, como una irrupción milagrosa, y cuyas semejanzas estructurales puedan agruparse bajo una categoría que pareciera en retirada y que vuelve ahora, de manera inexplicable y esta vez para quedarse. Lo que este libro pone al desnudo es la terrible continuidad del vacío, del vacío como forma política, del vacío neoliberal que prepara las condiciones para el vacío populista. Lo que muestra Villacañas es la continuidad que se establece entre neoliberalismo y populismo como consumación del nihilismo político. Y lo que propone de manera clara es lo siguiente: la nada no se elude con la nada. La verdadera respuesta al nihilismo político no es el populismo. Es el republicanismo.

Para mostrar el fondo de continuidad entre neoliberalismo y populismo, Villacañas analiza con cuidado los rasgos propios del populismo. En primer lugar, destaca la elaboración de una fuerza homogénea que deshecha la categoría aglutinante de “nación” y se vale de la de “pueblo”. Esta formación, que prescinde de cualquier origen mítico o histórico, no está dada como fuente de homogeneidad disponible. La categoría de “pueblo” debe construirse “política-

mente” (p. 25). Y aquí el populismo es aprendiz de Carl Schmitt. En efecto, el pueblo, como “sujeto” y espacio de acción política, es constituido por el tremendo poder formador de la distinción amigo/enemigo. Esta distinción puede ser *a la vez* una operación sustantiva y una distinción puramente formal, o más bien, como muy bien comprendió Schmitt, es una distinción formal que es capaz de elaborar una “sustancia” o una forma que opera como tal. Esta división mantiene la cohesión populista frente a un enemigo interno: los enemigos del pueblo. Pero esta construcción política no sería efectiva si el suelo del populismo no hubiese sido cuidadosamente preparado por los regímenes que lo anteceden.

En efecto, todo régimen populista tiene una antesalsa que lo hace posible y que Villacañas llama “crisis orgánica”. Un sentido de lo público precario o inexistente, vacíos institucionales que han ido quedando de las prácticas ineficientes y corruptas de las castas dirigentes, políticos que ven la política como una prolongación de sus asuntos privados, economías extractivas, redistribución paupérrima o insuficiente: estas condiciones han multiplicado en la gente demandas que no son satisfechas. Y este es, muestra Villacañas, el segundo rasgo existencial del populismo, su verdadera materia prima: la demanda no satisfecha. Esta es el alma que lo anima.

Una vez llegado a este punto, el trabajo analítico de Villacañas podría haber desembocado en la conclusión más obvia. Lo más obvio sería decir que el éxito del populismo se debe a la satis-

facción de las demandas que sus antecesores no supieron o no quisieron atender. Pero el populismo, argumenta Villacañas, no puede operar así. Ninguna demanda puede ser satisfecha porque es la demanda insatisfecha la que activa y mantiene la cohesión populista. El populismo no transforma la demanda insatisfecha en contento y adhesión por gratitud hacia un nuevo Estado. Lo que hace es que desvía la frustración hacia el gozo por la participación en una nueva hegemonía y hacia la proyección de “todos” en la figura disponible del líder.

El populismo no hace sino prolongar el vacío político de las formas prepopulistas, pero con un agravante: el poder real de la exigencia se desactiva, pues la gente siente de manera fantasmática que sus demandas ya han sido satisfechas. El populismo apaga el fuego insurreccional que supo capturar, pero mantiene la ilusión de que una llama está viva, de que algo está en marcha. Villacañas descubre así la paradoja del populismo: bajo la apariencia insurreccional celebrada en las universidades de París, el populismo oculta un espantoso quietismo.

El populismo es entonces una máquina de quietud. Mantiene una indivisión hegemónica a partir de la fuerza de las demandas no satisfechas, pero lo hace no satisfaciendo ninguna, dejando las cosas tal y como están. La conclusión es dura.

El fondo vacío del populismo es difícil de ver, porque el populismo sí genera afectos reales. El populismo está envuelto por una apariencia de vida, de energía, de gozo. Es una movilización real de afectos. Como bien señala Villa-

cañas, no es nostálgico ni melancólico. No responde con lamentos al implacable avance del neoliberalismo. El populismo es una poderosa fuente de afectos que se contrapone ya no a la aridez afectiva de la racionalidad instrumental propia del capitalismo clásico, sino a la radicalidad de un neoliberalismo purificado de cualquier razón política, de cualquier lazo afectivo, purificado entonces de cualquier vestigio de una realidad social.

Así, el populismo “es un acontecimiento interno de la modernidad y una respuesta a sus dilemas y problemas estructurales” (p. 32). El populismo es una respuesta a ese vacío que ya estaba en el corazón de la monumental teoría política de Thomas Hobbes, un neoliberal *avant la lettre*. Y es ese nihilismo el que deriva hacia el populismo, el que deriva también de manera inquietante hacia los nacionalismos identitarios, y el que deriva, como antídoto extremo, hacia las formas teocráticas, verdadera consumación del nihilismo político de la modernidad.

Villacañas esquivo sin problemas la trampa de una defensa dogmática y candorosa de la democracia liberal. Pero evita también -y no todos tienen la misma suerte- el patetismo o el cinismo que tan fácilmente pueden convertirse en las damas de compañía de la lucidez.

La reflexión política que encierra este libro ofrece lo que ofrecen las buenas reflexiones políticas: un cierto poder explicativo que no cierra las salidas creativas. Las apuestas teóricas implícitas en *Populismo* guardan un alto potencial creativo. Con mucha razón, Villacañas señala discretamente a Max

Weber como una fuente teórica no agotada para nosotros hoy. Porque Weber, a la par que despliega sus descripciones desengañadas, nos ofrece la clave para sortear el desafío que supone el avance del proyecto moderno. La clave está en no dejarse atrapar por la contraposición entre inteligencia y afectividad, entre responsabilidad y convicción, entre institucionalidad y carisma. Y esta es justamente la propuesta de Villacañas. La inteligencia, dice bellamente, “es siempre afectiva con aquello que reconoce” (p. 118).

Que el proyecto moderno tenga otro chance en el republicanismo dependerá de la reactivación de la ciudadanía como capacidad analítica y como compromiso afectivo que se libere de todo fatalismo anímico –incluido el fatalismo freudiano. Y aunque, a mi juicio, Villacañas le concede demasiado a la metafísica freudiana (porque a lo mejor Carl Schmitt no es otra cosa que una reelaboración política de Freud), este libro es una muestra y un avance de esa ciudadanía. Es un libro importante, sobrio, que debería ser leído por todos los que, desde un bando o de otro, o desde el bando cada vez más nutrido de los sin bando, se interesan en la política.

Andrea MEJÍA

Carlos FERNÁNDEZ LIRIA, *El marxismo hoy. La herencia de Gramsci y Althusser*, Madrid, Bonalietra Alcompas, 141 pp.

Carlos Fernández Liria lleva más de tres décadas haciéndonos pensar po-

niendo en jaque al marxismo vulgar o al marxismo escolástico, planteando la necesidad de conjugar marxismo con el proyecto político de la Ilustración: Marx está en diálogo constante con autores como Immanuel Kant, Jean-Jacques Rousseau o John Locke. La tesis defendida por Fdez. Liria, con uñas y dientes, tanto en la Academia como en entornos militantes de izquierda, es que el comunismo no es un fin en sí mismo, sino que es un medio para otra cosa, para la socialdemocracia, por ejemplo; la lucha comunista tiene que ir encaminada a la construcción de un Estado de Derecho, para proteger frente a un torbellino neoliberal la condición de *ciudadanía*. Y esta obra que presentamos aquí es la última consecuencia de esta tarea intelectual y militante de Fdez. Liria que pretende reflexionar, con Gramsci y Althusser, sobre la situación y lo que debe decir el marxismo en nuestros días. El autor nos hace la siguiente propuesta: “rescatar a Marx del marxismo”. En esta pelea ideológica entre diferentes tradiciones marxistas tendrá vital importancia el concepto de “hegemonía” del autor italiano denominado como “el marxista de las superestructuras”.

La tarea que se propone el autor es la de señalar qué elementos del pensamiento marxista (y marxiano) quedaron obsoletas y cuáles son de la máxima actualidad, a pesar de un pensamiento postmoderno que tuvo determinado éxito en los ambientes académicos pregonando en las aulas que las categorías marxistas como “obreros” o “capitalistas” quedaron desfasadas o incluso que el discurso de las clases sociales ya habría sido